

ñola se demuestra que, por variar todo, ha variado también en alza enorme la cotización del intelectual.

Es prenda genuina de la inteligencia la libertad en el juicio. Quien sepa ejercitarla es intelectual por fuero propio. Y no otra cosa ha de pedir la República a los intelectuales: asistencia espontánea e independiente, no sumisión incondicional. El nuevo régimen necesita, sin duda, de un contraste leal en punto a ideas, doctrinas, soluciones. No diremos *oposición*, porque la palabra puede conducir al equívoco. Pero, ¿cómo desconocer que todo Gobierno necesita de oposiciones inteligentes y de buena fe?... Al encararse Gabriel Alomar y los conductores de la Agrupación al Servicio de la República

con un estado pasional del momento, juzgándolo desde elevados puntos de vista sin la menor concesión ni parcialidad, se hace patente que la República tendrá, para gloria suya, colaboradores que a la vez sabrán ser fiscales en cuanto asuman la representación de fuerzas puras no gastadas en el mando. Queramos a no queramos, el porvenir nos hará pasar por las más diversas pruebas. Fracasarán un hombre, un partido, un gobierno determinado... Las reservas de la intelectualidad podrán movilizar sus recursos naturales e inagotables en las grandes crisis, y a cuenta de ellas, nutriéndose el pueblo de grandes y desinteresadas ideas, se salvarán todos los riesgos posibles.

M. Fernández Almagro

Circular enviada...

(Viene de la página 3.)

Además se procurará que, con el apoyo de los Municipios de la República, el Mausoleo que debe conservar los despojos de Don Juan, sea una realidad en su ciudad natal, para que constituya el homenaje votivo de las celebraciones que en Abril de 1932 deben verificarse.

La mente de la agrupación que represento, es la de que tratándose de un hombre como Don Juan Montalvo, gloria americana y de la más inconfundible personalidad en las letras ecuatorianas, es deber nacional considerar como propia, en todas las provincias que integran el Ecuador, esta justa celebración; de modo que confía en el aplauso y en la colaboración que esa ilustre entidad ofrecerá a esta desinteresada iniciativa.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a usted el testimonio de mi consideración.

De usted atto. y S. S.

Hugo Moncayo

Mayo 7 de 1931.

Grupo América

Principales propósitos

Laborar por los ideales americanistas.

Acercamiento espiritual entre los impulsores del pensamiento americano.

Adhesión a los centros de cultura encargados de laborar por la fraternidad de los pueblos de la raza.

Primeras resoluciones:

Publicación de la revista América.

Celebrar el primer centenario del centenario

del nacimiento de Montalvo, con la cooperación del Gobierno, Municipalidades, escritores, admiradores, etc.

Publicar, con motivo del próximo centenario, un libro de trozos escogidos de las obras de Montalvo.

Encomendar a un escritor francés la biografía del Cósmopolita, de cuya traducción se encargará el señor don Gonzalo Zaldumbide.

Enviar un acuerdo de condolencia a los deudos de Gonzalo Cordero Dávila, y dedicar un número de América a su memoria.

Nombrar representantes del Grupo a los escritores nacionales que se encuentran en el Exterior.

Fundar la Biblioteca de Autores Americanos. Organizar, anualmente, La Semana del Libro, en los días del 13 al 19 de abril, en honor del nacimiento de Montalvo.

Creación del premio Juan Montalvo para los escritores nacionales.

Compilación de trabajos inéditos o publicados de autores nacionales para el arreglo de la Bibliografía y Biografía.

Miembros del Grupo América

Gonzalo Zaldumbide, César E. Arroyo, Augusto Arias, Miguel Angel Albornoz, Manuel María Sánchez, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Hugo Moncayo, Isaac J. Barrera, Oscar Efrén Reyes, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, J. M. Velasco Ibarra, Gonzalo Escudero, Luis Bossano.

Homenaje a Erasmo de Rotterdam...

(Viene de la página 8)

una de sus más famosas cartas, y en verdad que lo era. «Vi—escribe—vi con mis propios ojos al Papa Julio II, en Bolonia primero y en Roma después, marchando a la cabeza de una procesión triunfal como si fuese Pompeyo o César. San Pedro sometió al mundo mediante la fe, que no con armas y soldados.» ¿Lo ex-comulgó Julio II? No hay tal; más bien quiso hacerlo cardenal. En otra ocasión había escrito: «Reverencio y siempre he reverenciado la Teología. Hablo en contra de los teologástricos de nuestra época, hombres de sesos los más podridos, de mentalidad la más torpe, de doctrinas las más espinosas, de vida la más inmundada, de lenguaje el más

emponzoñado, de corazones los más negros que jamás haya conocido en el mundo.» Fray Servacio, su superior, se rascó y le reconvino. Erasmo andaba fuera del monasterio diciendo tales cosas; precisaba que volviera al aprisco. Fray Servacio, siempre amorosamente, lo llamó. «La ropa sucia se lava en casa», le volvía a decir. «Ven y dime a mí todas esas cosas, para ver de remediarlas. Conviene que aquí tengas tu hogar. Recuerda que llega la vejez y es entonces reconfortante tener donde reposar en calma, etc., etc.» Erasmo se excusó siempre blandamente: «No he pretendido hacer dinero,—escribió—y a la fama poco la he solicitado. Lo grosero lo he

aborrecido siempre. ¿Qué había de ganar reuniéndome a vosotros? Sería objeto de malicia, de envidia, de menudos chismes miserables.» Fray Servacio entonces le recordó sus votos. Pero Erasmo estaba preparado: Julio II lo había relevado de cumplirlos.

Cuando estudiaba en París escribió versos y publicó un librito. Después se dedicó a redactar dichos agudos en censura de su época, los que publicó en número de ochocientos con el título de *Collectanea adagiorum*; más tarde, cuando ya sabía griego, los corrigió y aumentó a tres mil y los re-editó bajo el título de *Chiliades adagiorum*. El pensionado de Carlos V ni siquiera titubeaba en decir cosas como éstas: «El pueblo edifica ciudades y los príncipes las destruyen; la industria de los ciudadanos crea riquezas que, rapaces, los señores saquean; los magistrados plebeyos hacen buenas leyes para que los reyes las violen; el pueblo ama la paz, pero sus dirigentes la guerra.» El Concilio de Trent no vió manera de suprimir el libro, y optó por decretar la impresión de una edición castrada. (Oxford aprendió del Concilio. Cuando en el 1669 editó el diálogo sobre *Julius Exclusus*, de Erasmo, suprimió la parte en la que se enuncia el derecho de los pueblos a destronar reyes, herejía tan grande entonces como sería ahora en Costa Rica la de decir que los estudiantes tienen derecho a desdirectorizar directores de colegios o los maestros a desministrizar ministros de educación pública.) Pero no sólo esas cosas escribía Erasmo. Era incansable con la pluma. Sentía deleite, sentía voluptuosidad escribiendo: «*Literarum assuiditas—dice—non modo mihi fastidium non parit, sed voluptatim; crescit scribendo scribendi studium.*» En Basle, del 1516 al 1536, editó a Jerónimo, a Cipriano, al pseudo Arnobio, a Hilario, a Irineo, a Ambrosio, a Agustín, a Crisóstomo, a Basilio, a Orígenes, e hizo famosa la imprenta de Froben con una fama que no lograron empañar la esplendidez alcanzada después por las imprentas de los Estiennes ni la de Plantin. Editó en el original griego, y tradujo al latín, publicando ambas versiones juntas, el Nuevo Testamento. Se conservan los textos de millares de cartas suyas que circulaban como ahora los periódicos. «No hay modo—escribe—de que no vaya a dar a la imprenta cuanto cosa sale de mi pluma.» Escribía y conversaba en latín. Un latín lleno de imperfecciones, pero vivo. Bembo y Sadoletto, en Italia, manejaban un latín mucho más elegante, mucho más puro, pero sólo bonituras escribían. Bombo y Sadoletto eran eruditos. Adoraban la bella lengua muerta. Eran incapaces de molestar ni un ápice la majestad del bello cadáver incorruptible. Erasmo no era erudito. Erasmo era hombre de letras. La antigüedad no le importaba en sí ni por sí, sino como instrumento de cultura. Sabía latín y lo empleaba, porque el latín era el idioma universal de entonces. En Francia, Rabelais tenía que esconder su librepensamiento en un sucio *argot* ininteligible a veces. En Inglaterra, aún no surgía la fuerte y clara prosa inglesa de Milton. Moro escribía en latín,